

IN MEMORIAM DE ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN «ENRIQUE EL BUENO»

José Roldán Cañas
Académico Numerario

Aunque mi contacto con Enrique se remonta a tiempo atrás, fue particularmente intenso durante la etapa en la que ambos coincidimos en el Equipo Rectoral de la Universidad de Córdoba (2002-2006), él como Secretario General y yo como Vicerrector Económico y, posteriormente, en la Academia.

Nuestra relación pronto superó lo meramente institucional y acabó convirtiéndose en una verdadera amistad que se ha prolongado hasta el final de sus días.

Mi intervención en este acto de homenaje a su memoria viene motivada por esa amistad, pero también por mi actitud de cobardía que mantuve durante su enfermedad, que me impidió aceptar su cada vez más deteriorado estado de salud y que me imposibilitó acompañarlo en sus últimos momentos. Lo siento.

Debo ser conciso y me voy a centrar en dos aspectos de su vida, uno de carácter personal y otro de carácter académico obviando otros semblantes de su brillante biografía que ya han sido glosados por María José Porro y Bartolomé Valle en su trabajo publicado en el volumen 4 de *Académicos en el recuerdo* (2020).

En primer lugar, en su etapa de gestión universitaria, y antes de ser Secretario General, durante mi primer periodo como Vicerrector, Enrique me demostró la tenacidad de sus empeños y la fuerza con la que afrontó los retos en su vida. Me refiero a la Cátedra Intergeneracional de la Universidad de Córdoba. Recogiendo la idea, y poco más que la idea, del profesor Francisco Santisteban, la puso en marcha, le dio el impulso necesario, cuando no muchos creían en el proyecto, y la convirtió en las fructíferas enseñanzas que son hoy día.

Ya como Secretario General, Enrique se convirtió en el alma del Equipo Rectoral dentro del cual actuaba con diligencia y con gran observancia

de las normas y de las reglas de protocolo que nos hacía cumplir a los demás. También era el animador de las reuniones del equipo en momentos de solaz, fuera de los tediosos «consejillos», cuando en la relajación de la noche, tras dura jornada de trabajo, nos animaba con su inseparable guitarra a la que también acompañaba de su cante. Más allá de su no muy eficiente entonación, lo importante era el entusiasmo y la vitalidad que nos transmitía.

Enrique me demostró que era un compañero fiel y un amigo de verdad apoyándose en mis peores momentos, en contra de casi todos los demás miembros del equipo rectoral y confiando en mi palabra, Y el tiempo le dio la razón. Me habían levantado un bulo y si no hubiera sido por Enrique, y alguna otra compañera, las consecuencias habrían sido nefastas para mi vida. Enrique, eso no se olvida.

En segundo lugar, y entrando en su faceta docente e investigadora, siempre he oído decir a los historiadores que la historia la escriben los vencedores. En épocas posteriores, los que detentan el poder intentan, a veces, cambiar o tergiversar esa historia, ya sea por imposición, como hacen los dictadores, ya sea con la excusa de que tal historia está sesgada o incompleta pues la escribieron los poderosos de entonces. En una reciente entrevista en el diario *El País*, suplemento Babelia de 8 de mayo de 2021, Peter Brown, gran historiador irlandés, decía textualmente: «Retorcer la historia es aún peor que olvidarla. Lo peligroso son las medias memorias que utilizan los políticos para avivar el resentimiento y los miedos».

Y aunque Brown se refería principalmente a los regímenes fascistas, nazis, comunistas, etc., también otros políticos, democráticamente elegidos, caen en la tentación de adulterarla.

En el mismo sentido que se ha expresado Brown, en la conferencia que Enrique dio con motivo del acto de apertura de la Real Academia de Córdoba titulada «La II República. Mito y Realidad», se puede leer:

[...] he de advertir del peligro que suponen maniobras con un claro sesgo político en el ámbito de lo que es pura historia, tratando de ahormar en sus esquemas ideológicos regímenes o personajes que en su andadura histórica dejaron bastantes sombras en su haber...

He de confesar que siempre he sido un admirador del Enrique historiador. Era una persona imbuida en su trabajo que transmitía confianza con sus ideas y opiniones. A ello se le unía sus dotes de comunicador. Nunca se dejó influenciar por las corrientes dominantes ni por las opiniones políticas tan en boga en su rama de historia, la Contemporánea. Su leitmotiv

fue contar la HISTORIA, con mayúsculas, aunando las opiniones de todos. Y así le fue. Sus indudables méritos nunca le fueron suficientemente reconocidos y, en consecuencia, nunca llegó a alcanzar la tan merecida Cátedra. A cambio, nunca dobló la cerviz ni se vendió al mejor postor.

Por último, he titulado esta breve reseña «Enrique el Bueno» y debo dar una explicación. Cuando en un grupo coinciden dos personas con el mismo nombre y apellido se les suele dar a cada uno un apodo que ayude a distinguirlos. Eso pasó en el mencionado equipo rectoral y resulta muy revelador de su personalidad, aunque está en concordancia con todo lo anterior, que Enrique Aguilar Gavilán, uno de los dos afectados, recibiera el apelativo de «El Bueno». Sobran más comentarios.

Muchas gracias por su atención.

REFERENCIAS

- AGUILAR GAVILÁN, E. (2016): «La II República. Mito y Realidad». Conferencia leída el 13 de octubre de 2016 en el acto de apertura del curso de la Real Academia de Córdoba, 35 pp.
- HOLLAND, T.P. (2021): «Peter Brown. El emperador de los historiadores». Entrevista publicada en el suplemento Babelia del diario *El País* el 8 de mayo de 2021, 1-4.
- VALLE BUENESTADO, B.; PORRO HERRERA, M.J. (2020): «Enrique Aguilar Gavilán (1948-2020) en el recuerdo. Vislumbres de su semblanza profesional y académica». En: J.M. Escobar Camacho; M. Ventura Gracia (coords.): *Académicos en el recuerdo 4*. Real Academia de Córdoba, 335-355.